

ESPIRITUALIDAD DE LA REESTRUCTURACIÓN

Introducción

La expresión “espiritualidad de la reestructuración” hace muy poco tiempo que comenzó a escucharse dentro de los círculos religiosos. Era inevitable que, antes o después, apareciese cuando la reestructuración geográfica empezó a llevarse a cabo en muchos Institutos religiosos marcados por una determinada espiritualidad que les fue entregada por el Fundador y sus primeros discípulos.

- En este artículo, en un primer momento, veremos cómo de la “espiritualidad” y de la “reestructuración” se llega a una “espiritualidad de la reestructuración”.
- Enseguida procuraremos encontrar los fundamentos pneumatológicos o llegados del Espíritu de Dios que posibilitan o dan la vida a esa misma espiritualidad de la reestructuración.
- Colocados esos fundamentos estaremos mejor equipados luego que la espiritualidad de la reestructuración implica necesariamente una apertura a Dios y a los otros en Cristo y a partir de Cristo.
- En la cuarta y última parte nos daremos cuenta de que la espiritualidad de la reestructuración adquiere todo el sentido cuando es vivida en la misión. Esta exige casi siempre cambios, desplazamientos a un nivel físico y siempre una experiencia de desierto a nivel espiritual.

1ª Parte

Espiritualidad de reestructuración y “espiritualidad de la reestructuración”

Espiritualidad

El tema de la “espiritualidad de la reestructuración” es, para muchos, completamente nuevo.

El término Espiritualidad es tan viejo como el cristianismo y recorre toda la historia de la Iglesia. Las más diversas espiritualidades fueron naciendo a lo largo de los años teniendo como punto de partida la Palabra de Dios y la inspiración de su Espíritu. De hecho, no existe espiritualidad sin la presencia del Espíritu Santo. Él es el centro, el alma y el corazón de toda espiritualidad. Es comprensible que se exprese de diversas maneras de acuerdo con las necesidades de los tiempos y las diferentes sensibilidades de los fundadores de “escuelas” o corrientes de espiritualidad. La espiritualidad marista se inserta en la cadena interminable de “espiritualidades” que llenan la historia del pueblo de Dios. Dentro de la espiritualidad marista podemos hablar de la espiritualidad que tiene su origen en Champagnat, en su enseñanza y en su experiencia personal de Dios. Después de

Champagnat muchas otras espiritualidades aparecieron en la Iglesia mostrando la riqueza infinita del Espíritu de Dios, fuente inagotable de sabiduría y de bien.

La espiritualidad es, pues, una acción del Espíritu en la vida de las personas, de grupos de personas, con una influencia mayor o menor en los acontecimientos del mundo. Es una fuerza que viene de Dios, llevando un don que confiere al que lo recibe una característica especial, una forma diferente de sentir, de vivir y de ver todo lo que está a su alrededor. Es un acto de fe en el amor infinito que Dios tiene para con sus criaturas y con el cosmos. La espiritualidad nos confiere convicciones profundas y divinas, nos remite a los valores trascendentes y nos lleva a tener posiciones y actitudes diferenciadas frente a una determinada realidad o situación. Jesús, el enviado del Padre y del Espíritu Santo están siempre en el centro de toda espiritualidad cristiana, y para nosotros, Hermanos Maristas, es bueno recordar que María y San Marcelino Champagnat nos confieren un carácter especial cuando pensamos en términos de espiritualidad vivida y amada. En nuestro caso concreto de maristas, la espiritualidad es un fuego que nos impulsa a vivir e actuar, en función de los demás, especialmente los más necesitados, según los designios de la Santísima Trinidad y el carisma Marista.

Reestructuración

Podemos decir lo mismo del término Reestructuración. Ciertamente no tiene una historia tan grande y rica como el término Espiritualidad, pero tampoco de hoy. En el trascurso de la historia conocemos términos como “reforma”, “restauración”, “renovación”, “reorganización”, “refundación”, “reconfiguración” y en los últimos tiempos “reestructuración”. Estos términos en “re” expresan siempre una realidad nueva definida en relación a otra realidad anterior. Teóricamente es obvio que esta realidad nueva no debe ser apenas diferente de la anterior. Todos esperamos que sea mejor, que produzca más frutos, que el dinamismo que la anima sea más eficaz. Esa nueva realidad es fruto de los “signos de los tiempos”; al mismo tiempo debe intentar dar respuestas a las nuevas situaciones sociales, culturales, religiosas y eclesiales en las que vive el hombre de esa época. Pensando en el dinamismo que debe estar presente en todo cambio y en las respuestas que esos mismo cambio debe traer a las necesidades de los hombres de cada momento, podemos también decir que toda la *re*estructuración en el interior de la Iglesia y de las Congregaciones (para emplear el último de los términos en “re”) es también fruto del espíritu de Dios. Es el Espíritu de Dios que nos impulsa hacia nuevas iniciativas y nuevas “misiones” más allá de “fronteras” como sucedió con los primeros apóstoles reunidos en el Cenáculo. Con la fuerza del Espíritu, perdieron el miedo que los inhibía de toda la misión y encontraron la fuerza y el coraje de anunciar la Palabra al mundo conocido entonces. El Espíritu que “hace nuevas todas las cosas” se hizo audacia en el corazón de estos apóstoles que salen por caminos entonces inexplorados a anunciar la “novedad” de Dios, la Buena Nueva de Dios.

Aplicando estas ideas a nuestra Congregación podemos decir que la reestructuración en curso es, ante todo, un fruto de la presencia del Espíritu de Dios en nuestra historia y, concretamente, en el corazón y la mente de todos los capitulares presentes en el XVIII Capítulo General de los Hermanos Maristas. Fue este Capítulo que decidió y ordenó a la

Administración General de entonces reestructurar el Instituto. La presencia del espíritu de Dios no eliminaría el esfuerzo y el trabajo arduo para que la reestructuración se hiciera realidad con el transcurso de los años. En la práctica y de una manera simple, se trata de volver a configurar Provincias y Distritos en todo el mundo, haciendo surgir nuevas unidades administrativas, con nuevas dimensiones geográficas, nuevas estructuras de gobierno, con nuevas dinámicas internas, para que sean capaces de generar más vitalidad y eficiencia apostólica. Con la reestructuración queremos también obtener nueva eficacia en la misión-

Espiritualidad de la reestructuración

Las dos palabras separadas son pues conocidas. Sin embargo, si las colocamos juntas tenemos una nueva expresión de uso más bien reciente, pero que puede llegar a hacer historia. Tenemos la “*espiritualidad de la reestructuración*”. Esta nueva expresión traduce, ciertamente, una nueva realidad y que, por lo visto, pide una nueva espiritualidad.

La comprensión más profunda de cada uno de los términos nos ayuda a comprender mejor la realidad expresada por las dos palabras formando conjunto. Si pensamos en relación a un Instituto cualquiera en el interior de la Iglesia la espiritualidad de la reestructuración podría ser presentada en términos que subrayan por un lado el don de Dios y por el otro las necesidades del prójimo.

De hecho, podemos considerar la “espiritualidad de la reestructuración” como un don de Dios ofrecido al Instituto y a cada uno de sus miembros para que, siguiendo las inspiraciones de su Espíritu, y atentos a las necesidades del mundo de hoy, pongan con vigor renovado todas sus capacidades y energías al servicio de todo aquello que de nuevo está surgiendo en el Instituto, a partir de la reestructuración. Servir mejor al Instituto significa, por eso mismo, que todos sus miembros están mejor equipados para mejor servir también a la Iglesia y al mundo.

Teniendo en cuenta que la espiritualidad de la reestructuración es fruto del Espíritu de Dios en nosotros, pero llevada a cabo por nosotros mismos, por nuestro esfuerzo, capacidad de visión y planificación, podemos decir que es fuente de esperanza para todo el Instituto y para todos los que, de un modo o de otro, se relacionan con el mundo “laico” afín al Instituto. La esperanza conserva el mirar vuelto hacia el futuro alimentando el trabajo apostólico en todo aquello que exige de novedad y de osadía para ser mínimamente eficaz. Sin embargo, con toda la eficacia humana que deseamos para las más variadas tareas apostólicas no podemos olvidar que no existe espiritualidad sin Espíritu. Esto es verdad para cualquier espiritualidad. También para esta nueva “espiritualidad de la reestructuración” que está surgiendo. Tenemos la alegría de vivirla, pero esto no nos dispensa del esfuerzo para construirla.

2ª Parte

La espiritualidad de la reestructuración,

el Espíritu de Dios y la transformación de la persona

Transformar las estructuras y las personas

De lo que acabamos de decir, la espiritualidad de la reestructuración es el soplo fuerte del espíritu que nos anima y que es portador de una gran esperanza para TODO Instituto Que se renueva guiado por Dios, pero teniendo en la mira una misión más eficaz con aquellas a las que se dedica su esfuerzo. Sin embargo, al hablar de eficacia en la misión no debemos olvidar que la espiritualidad de la reestructuración, como toda la espiritualidad, es además una llamada del Espíritu a transformar no solamente las estructuras como pudiéramos estar pensando, sí, ella reclama, exige incluso una transformación de las estructuras existentes porque pueden ser obsoletas, envejecidas, incapaces de responder a los desafíos de hoy presentes en la Iglesia y en el mundo. Pero sobre todo la espiritualidad de la reestructuración es una llamada para que nosotros mismos nos dejemos reestructurar por el Espíritu de Dios, como nos invita san Pablo (cf 1 Co 14,1). Y al acoger este don del Espíritu (cf 1Co 12,7) estamos debidamente preparados, “estructurados” a realizar todo el esfuerzo en vista al bien común. Al caminar así bajo el impulso del Espíritu Santo, él transforma nuestro corazón, con su poder creador y nos sitúa en el camino de santidad. Usando el pensamiento de algunos Padres de la Iglesia en el Espíritu y con el Espíritu somos divinizados, lo divino entra en nosotros y nos transforma, nos renueva, crea en nosotros “otra” persona.

Así aconteció con Saúl que al recibir el espíritu del Señor se transformó literalmente en otro hombre: *“El espíritu del Señor vendrá sobre ti, profetizarás... y te convertirás en otro hombre”* (1 Sam 10,6). Esta alteridad de Saúl debido a la presencia del espíritu del Señor en su persona cualificaba a Saúl para hechos guerreros con la certeza de la victoria sobre el enemigo (cf 1 Sam 11, 6-15). Tenemos que admitir que era bien poco lo que la presencia del espíritu del Señor hacía en Saúl: la fuerza para una victoria sobre el enemigo. Pero nosotros somos hombres de la Nueva Alianza y sabemos que el Espíritu en nosotros hace mucho más.

Orientados por el Espíritu que acogemos en nosotros siguiendo la invitación de Paulo arriba mencionado, estamos en el camino seguro para conseguir la verdad total, la “plenitud de la verdad” (8CF Jn 16, 13) que es el propio Cristo (cf Jn 14, 6). *“Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os explicará lo que ha de venir”* En palabras sencillas esta promesa de Jesús nos revela que será el espíritu quien nos explique la Palabra de Vida de Dios, será él quien nos ayude a vivirla y quien dispondrá nuestro corazón para mirar hacia el futuro con coraje y confianza.

Estas palabras bíblicas no son fundamentalmente diferentes de lo que decíamos anteriormente: una espiritualidad de la reestructuración implica que nos dejemos “reestructurar” por el Espíritu del Señor en vez de esperar sólo una reestructuración externa de los elementos geográficos, históricos o culturales que nos circundan. Entonces dejarse reestructurar por el Espíritu significa que el conjunto de nuestras convicciones fundamentales, de nuestras prioridades afectivas y de nuestras metas personales, que no

siempre se desarrollaron de acuerdo con las exigencias de nuestra consagración religiosa, deben ahora ser revisadas a la luz del Espíritu de Dios, de su sabiduría, de su coraje.

Una peregrinación interior

Esto nos encamina hacia una visión de la “espiritualidad de la reestructuración” como un camino, una peregrinación interior que nos identifica cada vez más al Espíritu de Dios, que incluye por la fuerza de ese mismo Espíritu apertura a lo nuevo, ruptura de viejos esquemas, aceptación de lo diferente tanto en las estructuras como en las personas con las cuales estamos llamados a vivir hoy y aquí. En este sentido, la espiritualidad de la reestructuración nos ofrece la posibilidad de renovar lo que arriba mencionábamos. Las estructuras afectivas y espirituales con las cuales funcionamos para compartir con los otros los sentimientos hoy, de manera tan fuerte, al llamado permanente de ampliar nuestro corazón rompiendo las fronteras que limitan su capacidad de amor.

Es verdad que esta reestructuración personal no debe olvidar el momento histórico que vivimos, tanto a nivel de individuos como de Instituto. Si el Espíritu nos anuncia lo que está por venir (cf Jn 16,13), él nos lo anuncia hoy, aquí y ahora. Toda reestructuración personal e institucional es una reestructuración “situada”, “histórica” con el sello y las características del tiempo que vivimos. Lo que sucede en el mundo y en la Historia debe ser visto como Historia de Salvación.

Así la reestructuración debe ser vista en una perspectiva de fe. Debe responder a la forma que Dios quiere hoy para conducir la Vida Religiosa en general y cualquier Instituto en particular a una regeneración, para que tenga sentido el futuro, para que responda a las necesidades de sus miembros y se adapte a la sociedad actual. En este sentido la Espiritualidad de la Reestructuración favorece y profundiza el sentido de pertenencia al Instituto que abarca mucho más de esta o de aquella provincia. Abre entonces canales de misionaridad y amplía nuestra “tienda”.

Espiritualidad de la reestructuración y vida

En la Biblia el Espíritu aparece siempre asociado a la creación, a la vida, a la presencia de Dios que se extiende por todo el Universo. Basta acordarnos de la creación del mundo en donde el espíritu del Señor se mecía sobre las aguas (cf Gen 1,2), de la encarnación del Verbo porque el Espíritu Santo vendrá sobre María (cf Lc 1,35) y del testimonio de los apóstoles en Jerusalén y hasta los confines del mundo porque sobre ellos había venido una fuerza, la fuerza del Espíritu Santo (cf Ac 1,8). El Espíritu es creador, fuente de vida, principio de toda misión que lleva Dios y la vida que él ofrece al mundo. La misión del Espíritu es una misión vivificante.

Esta certeza bíblica puede ser hoy aplicada a nuestro Instituto. Ezequiel es claro cuando habla de un espíritu nuevo que es el espíritu del Señor que nos transformará y nos hará actuar de acuerdo con los estatutos y las leyes del Señor (cf Ez 36, 26-27). Este mismo espíritu dará vida a los huesos secos: *“Así dice el Señor Yahvé a estos huesos: He aquí que yo voy a hacer entrar el espíritu en vosotros, y viviréis”* (Ez 37,5). No es posible acoger en nosotros el Espíritu del Señor sin soñar con nueva vida, con una vida diferente que tiene su

raíz en la ley del Señor y en su presencia en personas y grupos. Sin esa presencia vivificante toda reestructuración no es sino un hecho externo que no llega al “corazón” de las estructuras o que se sitúa lejos de la vida que de ella esperamos. Si fuese así caeríamos en la desilusión de una reestructuración que no va más allá de aspectos externos.

De manera muy sencilla y en lenguaje muy accesible la espiritualidad de la reestructuración consiste en dar VIDA a la estructura ósea de la reestructuración. Es evidente que se trata de una VIDA trinitaria centrada en el amor, la escucha, el silencio, la fraternidad y la acción. O también, siempre dentro de ese lenguaje del todo accesible. La espiritualidad de la reestructuración consiste en dar VIDA y contenido al hecho material de una simple agrupación geográfica.

Todo esto nos muestra con claridad que la reestructuración no puede ser sólo un elemento externo. La espiritualidad en la que se debe mover trae vida, interioridad. De ahí que la espiritualidad de la reestructuración pueda ser vista como una fuerza interior que llama a la capacidad de avanzar en el tiempo y en el espacio sin miedo: esta fuerza interior es sencillamente el Espíritu De Dios actuando en nosotros como actuó en María. A este nivel Cristo entonces inundará nuestras vidas. Y seremos llamados a hacernos vida para los otros. Así, la espiritualidad de la reestructuración, debido a la fuerza interior que la asiste, está destinada a ser fuente de vida. Con otras palabras conduce inevitablemente a la misión. Desarrollaremos este aspecto en la última parte, pero que quede desde ahora asentado este principio fundamental: la espiritualidad de la reestructuración está inequívocamente orientada hacia la misión.

3ª parte

La espiritualidad de la reestructuración y la apertura a Dios y al hombre en Cristo

Espiritualidad de la reestructuración y apertura a Dios y al hombre

Llegamos aquí a un punto esencial situado en el corazón de la espiritualidad de la reestructuración. Ella exige, por naturaleza propia, apertura a Dios y a los hermanos. Esa apertura se concretiza en el servicio, en la misión, se realiza en un caminar que señala hacia el futuro que no conocemos en todos sus elementos y que, como diría el Obispo mártir Romero “no nos pertenece”.

Pero esto no impide, todo lo contrario, debe servirnos de entusiasmo para que trabajemos por ese futuro que está en las manos de Dios. De alguna manera también está en nuestras manos. En el lenguaje de san Pablo somos colaboradores de Dios (cf 1 Co 3,9). Y nos hacemos mensajeros y portadores de la vida que Dios nos ofrece, para los demás. Así, la espiritualidad de la reestructuración se aproxima, de alguna manera y con las debidas diferencias, del misterio Pascual. En el misterio Pascual pasamos de la muerte a la vida o de una vida marcada por el pecado o por lo menos poco marcada por la presencia de Dios a una vida marcada por la plenitud de la gracia de aquel que estaba muerto y ahora vive (cf

Ap 1, 18: 2, 8). La espiritualidad de la reestructuración es aquella que hace morir a las viejas estructuras que no producen más fruto; luego hace caminar decididamente hacia estructuras nuevas que dan vida, que son fuente de vida. Es gracias al Espíritu de vida que las nuevas estructuras pueden producir fruto en abundancia. Por sí solas las estructuras, incluso renovadas, pueden volverse un peso y servir de poco a la vitalidad de un Instituto. Estamos llamados a contemplar la reestructuración como un mecanismo físico que engendra más vida, que rompe fronteras, que acaba con los miedos gracias al dinamismo del Espíritu que la habita.

Este llamamiento es hecho, en los tiempos de hoy, a los Institutos del mundo entero. Es como grupo también que debemos estar atentos a las llamadas del Espíritu. El espíritu de familia es una característica común en los Institutos de vida religiosa. Sentirse hijos de la misma familia significa estar naturalmente equipado para una solidaridad que atraviesa fronteras y se alegra con los éxitos de los otros que pertenecen a la misma familia espiritual y a otras familias espirituales en cualquier latitud o longitud en que se encuentren. Pero es asimismo capaz de compartir las penas y responder a las necesidades de algún miembro del cuerpo herido por la pobreza o las limitaciones de toda índole. La espiritualidad de la reestructuración nos coloca en estado de atención constante al otro, al Instituto, a la Iglesia y al mundo, para extender la mano en un gesto de compartir aquello que se requiera. La espiritualidad de la reestructuración adivina incluso las necesidades del Instituto, de la Iglesia y del mundo en determinado lugar y responde, con el corazón lleno de alegría, a esas necesidades. De alguna manera es una espiritualidad que recuerda la frase del Evangelio: *“Gratis lo recibisteis; dadlo gratis.”* (Mt 10,8; cf Mc 3, 16-19; 6, 14-16).

Espiritualidad de la reestructuración y centralidad de la vida en Cristo

Es interesante que este consejo del Señor surja en el contexto de la misión confiada a los Doce. La misión es fruto de la presencia asidua que los Doce vivían a los pies del Señor. Del Señor habían recibido todo: habían sido contemplados con la gracia del Señor, a este don del Señor para con ellos debe corresponder ahora el don de ellos mismo para con los otros. La misión es fruto de la gracia, por eso mismo llama a la generosidad, a la gratuidad y también al desprendimiento.

El desprendimiento es esencial en una espiritualidad de reestructuración. El desprendimiento de lo que tenemos, y también desprendimiento de nuestras relaciones y hasta de nuestra familia. En el mismo texto de Mateo Jesús invita al apóstol a no llevar oro, ni plata, ni cobre, ni alforja para el camino (cf Mt 10, 9). En otro lugar el Señor invita a dejar casa, hermanos, hermanas, padre, madre e hijos por causa del Evangelio (cf Mt 19, 29; Mc 10, 29). Estamos en presencia de un desprendimiento que pide coraje y un amor en el más alto grado por Jesús y por su causa:

“El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí”(Mt 10,37). Para luego seguir diciendo: *“El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará”* (Mt 10,39).

Son frases exigentes del Evangelio, pero absolutamente necesarias en una espiritualidad de la reestructuración. Sin esa espiritualidad difícilmente podemos vivir el desprendimiento al

que el Evangelio nos invita. Es un acto de amor a Jesús. Pero es también una condición necesaria para que la reestructuración produzca frutos, para que la misión no sea estéril.

Sería oportuno aquí recordar la primera llamada del XX Capítulo General de los Hermanos Maristas que nos invita a centrar apasionadamente nuestras vidas en Jesucristo, como María. Esta centralidad de Cristo en nuestras vidas es, al mismo tiempo que la presencia en nosotros del Espíritu que nos santifica y no impulsa para la misión, el otro pilar que nos ayuda a vivir en profundidad la espiritualidad de la reestructuración. El capítulo siguiente al Evangelio hace de esa centralidad una premisa para la misión. De hecho en el n° 20 se explica así el documento Capitular:

“Somos peregrinos en busca de Dios y del sentido de la vida, en un mundo de conquistas formidables, pero que nos desconciertan por sus contradicciones y fragilidad. Como Hermanos, queremos ayudarnos en esta búsqueda apasionante, haciendo que nuestras comunidades sean escuelas de fe, para nosotros mismos, para los jóvenes y para todos los sedientos de Dios, pan compartido”.

Y la cuarta llamada del mismo Capítulo se refiere concretamente a la Misión y Solidaridad, un fuego que nos abrasa y consume, tanto a los Hermanos como a los Legos que se sienten maristas e incluso a tantas personas que trabajan en el mundo marista. El trabajo con los Legos no es propiamente el fruto de la reestructuración porque desde siempre, en mayor o menor escala, siempre existió en todos los Institutos. Pero ahora que hablamos de una espiritualidad de la reestructuración está claro que tiene que abarcar necesariamente a los Legos y a todos los que se sienten afines al modo de ser y a las obras de este mismo Instituto.

Volviendo a la centralidad de nuestras vidas y comunidades en Cristo, podemos adivinar claramente la relación entre la “novedad” o renovación necesaria de las comunidades (y de los individuos), la pasión por Cristo y la misión que se desprende de esa pasión. Como podemos adivinar también la relación entre las nuevas estructuras y la vitalidad del Instituto, pero siempre en la medida que son consecuencia de la pasión por Cristo. En efecto la espiritualidad de la reestructuración consiste en la renovación de las comunidades, de nuestros corazones que deben estar apasionados por Jesucristo y por su misión a fin que las nuevas estructuras que comienzan a funcionar traigan la vitalidad y la viabilidad tan deseadas.

Fuentes para una espiritualidad de la reestructuración

Dentro de esta perspectiva bien adecuada a la Vida Religiosa de una pasión por Cristo y de un servicio a la humanidad algunos elementos son absolutamente necesarios para que la espiritualidad de la reestructuración no quede en el papel sino que se transforme en vida para todos los que la viven o quieren vivir. Entre ellos podemos intuir:

1. Una vida de oración y una aceptación del precio a pagar para realizar el sueño que el Fundador dejó a sus discípulos en el mundo de hoy y en la nueva situación de reestructuración, esto es, el nuevo contexto geográfico cultural, sociológico y psicológico producido por la reestructuración.

2. Que las estructuras estén absolutamente al servicio de la misión y que no sean un peso para nadie: se no sirven a la misión es también de que no fueron fecundadas por la espiritualidad que deseamos vivifiquen nuestras estructuras.
3. No olvidar de vivir en la nueva situación de reestructuración y de la “nueva” espiritualidad que ella pide de las virtudes características del Instituto. En el caso concreto del Instituto Marista, la virtud de la sencillez debe ayudarnos a vivir como María. Esto se traduce en acoger la voluntad de Dios con sus exigencias durante la nueva situación y no a privilegiar la nuestra. Pide todavía una disponibilidad a toda la prueba, aun cuando no lleguemos a comprender todo, haciendo lo que debe ser hecho antes de hacer aquello que nos agrada. Así, la figura de María es también un elemento de referencia necesario al querer vivir la espiritualidad de la reestructuración. Su disponibilidad y apertura total al plano de Dios, aun desconociendo el futuro, es un buen ejemplo para nosotros cuando no conocemos todos los caminos hacia nos puede llevar la reestructuración del Instituto.
4. Y por fin no perder de vista la identidad o el carisma del Instituto. Por el contrario, la reestructuración debería hacerlo más visible, la espiritualidad de la reestructuración debería darle nueva fuerza y vigor en una sociedad en la que valores presentados y vividos por los Institutos religiosos no siempre son moneda corriente en la sociedad en la que vivimos. Para recordar a penas los más comunes y tradicionales en la familia marista diría que, para muchos, valores como el trabajo, la sencillez, el espíritu de familia, la devoción a María parecen ser valores de otros tiempos. Vivir la espiritualidad de la reestructuración significa reafirmar la perennidad de esos valores incluso adaptados a las diferentes culturas.

Espiritualidad de la reestructuración y la voluntad de Dios

La centralidad en Cristo, sobre todo en el momento en que la reestructuración nos presenta una nueva realidad, pide una nueva mentalidad, una mentalidad renovada así como un corazón y un espíritu atentos a la nueva realidad que la reestructuración nos presenta. Aquí también estamos de lleno en la ese: ella exige un corazón nuevo, una mentalidad nueva, una apertura a la novedad de Dios expresada en la reestructuración.

Para que esta apertura a la novedad de Dios a través de la renovación de nuestra mente y de nuestro corazón sea una realidad, precisamos estar en Cristo. San Pablo en un conocido texto sobre el ministerio de la reconciliación afirma claramente esa relación entre la “novedad” de nuestra persona y la permanencia en Cristo: *“Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación”* (2 Co 5, 7-18).

La realidad que Pablo aborda es diferente a la nuestra. Pablo habla de reconciliación, nosotros hablamos de reestructuración y ese. Pero al conclusión a la que podemos llegar es la misma, aunque se aplique a realidades distintas: es en Cristo que nos convertimos criaturas nuevas; es en Cristo que podemos ver morir una realidad antigua, enterrada en el pasado, cuando ya surge una realidad nueva. Estamos llamados a acoger esa realidad nueva de la reestructuración y de la espiritualidad que la acompaña como los oyentes de Pablo

estaban invitados a acoger la reconciliación ofrecida en Cristo. La reestructuración es un signo de los tiempos.

Pero Dios habla a través de los signos de los tiempos. Estos signos son también reveladores de Dios y de su voluntad. Entrar en ellos y en la dinámica que ellos encierran es una manera de ser fiel a la voluntad de Dios, es una manera de responder a la nueva misión que Él nos pide en estos tiempos de cambio: cambio de estructuras que piden un cambio de corazón y de mentalidad y la vivencia de una nueva espiritualidad. De hecho, todo movimiento renovador tiene que desembocar en un ambiente de amor y entrega. De igual modo, toda la reestructuración debe estar enraizada en la espiritualidad y en la fidelidad a Dios, siendo fieles a la misión que cada uno de los fundadores encomendó a sus discípulos, misión que nosotros heredamos hoy. Somos un hilo en la cadena de fidelidad que llegó hasta nosotros a través de la fidelidad de tantos religiosos desde cada uno de los fundadores hasta hoy. La reestructuración no es sólo un acto jurídico, es más bien la búsqueda de una nueva fidelidad a la misión, por eso la espiritualidad es su fundamento primero y el amor es su motor.

Hablar de fidelidad a Dios significa que la realidad que nos preocupa –la espiritualidad de la reestructuración – lanza sus raíces en una noción común y familiar a otras espiritualidades más antiguas. Esa noción se expresa así: **“La voluntad de Dios y no mi propia voluntad”**. De esta manera requerimos de una cierta “indiferencia espiritual” (libertad interior) para discernir cuál es la voluntad de Dios para nosotros hoy y para comprender lo que nos pide a cada uno de nuestros Institutos. La espiritualidad de la que hablamos y que buscamos, incorpora ciertamente **tres ejes importantes de la Vida Religiosa** y todos ellos relacionados siempre con Cristo, hoy como ayer. Incluso aquí, querer construir una ere sin referirnos a Cristo, centro de nuestras vidas, a su enseñanza y a su Palabra puesta en práctica, es estar construyendo sobre el vacío o sobre la arena utilizando la imagen evangélica.

“Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina.” Mt (7, 26-28).

De manera sencilla pero radical es imposible construir y vivir una espiritualidad (cualquiera que esta sea) si no estamos enraizados en Cristo, centrados en Él, enamorados de su Palabra.

Los tres ejes importantes a los que nos referimos antes, pueden escribirse así:

1. **Espiritualidad:** Sólo una fuerte pasión por Jesús y por su Evangelio será capaz de proporcionarnos las respuestas que buscamos para hoy y para el futuro que todos deseamos.
2. **Comunión y Comunidad:** En un mundo de intolerancia, de exclusión y de individualismo, nuestra vida en comunidad y comunión es un testimonio poderoso de un modelo alternativo de vida social, de enraizamiento en los valores de Jesús u del Reino. La comunidad debe seer VISTA en el contexto de una espiritualidad

compartida, centrada en una misión compartida en un camino compartido en dirección al futuro.

3. **MISIÓN:** En una época de desenraizamiento cultural, de relativismo moral y de desintegración social donde reina la ley del más fuerte y el futuro es incierto, necesitamos vivir una santidad genuina y echar mano de toda la creatividad e imaginación del corazón para que todas nuestras actividades apostólicas sean transformadoras. “Dar a conocer a Dios y hacerlo amar por los niños y por los jóvenes más pobres”.

Si esos tres valores fuesen vividos construiríamos comunidades “en misión” y “para la misión”. No es posible una comunidad para la misión sin auto trascendencia, es decir, sin una relación explícita del hombre (y de la comunidad) con Dios.

4ª parte

La espiritualidad de la reestructuración y la misión

Espiritualidad de la reestructuración, misión y relación con Cristo

Ciertamente que los cambios físicos o geográficos son importantes en todo el proceso de reestructuración. Pueden incluso traer más eficacia al apostolado, pueden dar más vitalidad al Instituto (reestructurado) a través de comunidades que se hacen más evangelizadoras, más apostólicas, más imbuidas del fuego y de la pasión de Dios. Esta pasión de Dios se vuelve necesariamente pasión para el hombre y especialmente para el hombre más necesitado. Pero esta evangelización “ad extra” no tendrá mucho fruto si no fuera una consecuencia natural de la presencia del Espíritu de Dios en nosotros. Este será el modo de vivir con una eficacia cierta la espiritualidad de la reestructuración. Porque la reestructuración en sí es apenas un medio, importante ciertamente, pero no es un fin. El fin es la misión que quiere transmitir la vida de Dios especialmente a los niños y a los jóvenes, dar a conocer a Jesús y hacerlo amar.

Un deseo muy natural aparece muchas veces cuando nos enfrentamos con los problemas de la reestructuración: que la reestructuración no sea únicamente una reorganización administrativa de las Provincias maristas. Que sea edificada sobre valores espirituales que unifiquen el espíritu y el corazón de los Hermanos con relación a la URGENCIA EVANGÉLICA DE LA MISIÓN: dar a conocer a Jesucristo y hacerle amar de tal manera que los Hermanos se sientan disponibles para vivir la “movilidad” al servicio de la misión.

Esta edificación de la reestructuración en valores espirituales nos conduce a lo que naturalmente pudiéramos ya intuir: sólo enraizados en Cristo, quedamos constituidos sus apóstoles. San Pablo lo dice claramente en el texto a los Corintios antes referido usando la palabra “embajadores”:

“Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación.

Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros” (2 Co 5, 19-20).

La misión o el ministerio apostólico nace fundamentalmente de nuestra relación con Cristo pues es Él quien nos constituye apóstoles o, usando los términos tradicionalmente vocacionales, es Él quien nos llama. San Marcos está muy claro cuando habla de la Institución de los Doce: *“Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios”* (Mc 3, 14-15). En esta frase tan pequeña tenemos la doble dimensión de la espiritualidad (estar con Jesús) y de la misión (ser enviados a predicar). En el pensamiento de Jesús la una no va sin la otra: la espiritualidad se prolonga en la misión; la misión se enriquece en la espiritualidad. Los apóstoles son enviados y por su intermedio es Dios mismo que exhorta. Sabemos que la Palabra de Dios es viva, eficaz y más afilada que un espada de dos filos; penetra hasta la división del alma y del cuerpo, de las articulaciones y de las médulas, y discierne los sentimientos e intenciones del corazón. (cf Hb 4, 12).

Esto quiere decir que la Palabra de Dios es válida para nosotros como lo fue para los cristianos de ayer y lo será para los cristianos de mañana. Somos los hombres que “estamos con Jesús” hoy, somos los “enviados” hoy para predicar. Enriquecidos en Cristo y por Cristo somos llamados, “embajadores” para distribuir esa riqueza divina a los hombres de hoy, como los apóstoles de ayer distribuyeron el pan y el pez multiplicados (cf Mt 14, 13-21). Esta misión implica apertura a todos, gente de otras latitudes, longitudes y culturas. De hecho la misión universal confiada a los discípulos no tiene límites: *“Id, y haced discípulos de todos los pueblos”* (Mt 28, 19). Muy probablemente Marcelino Champagnat se inspiró en este mandar “universal” del Señor para acuñar su famosa frase: *“Todas las diócesis del mundo entran en nuestros planes”*. La dimensión de la apertura a los más diversos niveles se encuentra, pues, en el dinamismo de toda la misión cristiana y, más particularmente, en el dinamismo de la misión de cualquier Instituto.

La espiritualidad de la reestructuración exige esta apertura a Dios y a los hermanos. En cualquier Instituto (como en la vida cristiana en general) nadie puede cerrarse en la dimensión “estrecha” de su voluntad, sino que todos deben estar abiertos a la voluntad de Dios. No es la voluntad de cada uno la que cuenta, sino la suya. En esto consiste la “indiferencia espiritual” de la que hablan algunos autores espirituales. Siendo así, naturalmente, cualquier religioso está abierto a los demás. En términos prácticos, no solamente un religioso de mi país para mi país: soy religiosos de un Instituto, de la Iglesia, del mundo.

Es en estos términos y sobre todo en estas actitudes “universales” que debe ser vivida la espiritualidad de la reestructuración. A su vez la vivencia de esta espiritualidad crea en nosotros un corazón y una mente abiertos para llegar a ser apóstoles allí donde el señor nos quiere. Él puede querernos para un servicio más allá de las fronteras de nuestro país. La espiritualidad de la reestructuración requiere del religioso que abra su corazón a los demás. Así se hará consciente de las necesidades de los religiosos y de la gente que vive lejos o cerca de él. Estará así más preparado para ver aquello que puede hacer como respuesta a las llamadas de la misión en un mundo del Instituto reestructurado o en proceso de

reestructuración. El espíritu de reestructuración es un espíritu de generosidad, basado en la providencia y en la protección de Dios.

En esta presentación descriptiva de la espiritualidad de la reestructuración podemos también agregar otros elementos necesarios para que esa espiritualidad sea vivida en mayor plenitud y profundidad. Estos elementos, como es de suponer, dicen, de una manera muy general, la apertura al otro, el coraje de la misión y la confianza en Dios. Una síntese podría enumerar algunos de estos elementos:

- Acoger a los otros en el espíritu de la Visitación.
- Construir una “comunidad” de religiosos del Instituto e incluso de otros Institutos con Cristo en medio de ellos.
- Compartir esfuerzos y capacidades apostólicas con el objetivo de asumir una evangelización más efectiva.
- Desarrollar la capacidad de ayudar a los demás con una buena voluntad a toda prueba: “Lo que hicieris a uno de estos pequeños a mí me lo hacéis”.
- Ser capaz de audacia y coraje vividos en un espíritu de fe.
- Tener confianza en Dios y estar abierto a la posibilidad de perder cierta independencia.

Espiritualidad de la reestructuración y desplazamientos

El primero de los elementos de esta lista sitúa en la espiritualidad de la reestructuración la acogida de los otros en el espíritu de la Visitación. Es un elemento interesante e importante porque implica un desplazamiento, una capacidad de dejar los lugares en los que normalmente vivimos para descubrir nuevos horizontes, nuevas experiencias, nuevos mundos en donde podemos responder a la voluntad de Dios sobre nosotros, al proyecto amoroso que él nos reserva.

La espiritualidad de la reestructuración contiene en sí, por su misma naturaleza, esa invitación a salir, a caminar lejos aunque no sepamos ni conozcamos todos los meandros del camino que se presenta frente a nosotros. En este sentido Abrahán puede servirnos de ejemplo y ser compañero y maestro cuando aceptamos la invitación de Dios a vivir la espiritualidad de la reestructuración. La vocación de Abrahán está unida desde el inicio a un desplazamiento vivido en la fe, la confianza, el abandono absoluto en las manos de Dios. En resumen, Abrahán está abierto a la novedad de Dios, a pesar de que la desconoce. La espiritualidad de la reestructuración se construye sobre estos elementos que explica el “viaje” de Abrahán.

"Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Marchó, pues, Abran, como se lo había dicho Yahvé" (Gn 12, 1-2.4).

Esta invitación al desplazamiento aparece frecuentemente en relación del Señor con sus siervos. Conocemos el de Abrahán. Existe también el de Moisés (cf Ex 3, 10), o de los profetas (cf Is 6,8-9; Jr 1, 7; 2,2; Ez 2, 3; 3, 4), o el de María, el de José (cf Mt 2, 13-15). Y

fuera del campo bíblico podemos imaginar la vocación de tantos cristianos llamados por el Señor a realizar un proyecto en medio de su pueblo o para su pueblo podemos imaginar de una manera concreta el llamado de tantos fundadores, inspirados por el Espíritu de Dios a fundar una obra que modifica sus planes y los hace avanzar por otros caminos lejos de sus previsiones y planes.

Conocemos la irrupción de Dios en la vida de Marcelino Champagnat, fundador de los Hermanos Maristas, con una frase rotunda y breve del padre reclutador: ***“Dios lo quiere”***. Dios quería que Marcelino fuese sacerdote. Esta frase dicha por el sacerdote era para Marcelino la voluntad de Dios. Y esto le obligó a algunos “desplazamientos” en su vida para ajustarse a lo que Dios le pedía. Y como a tantos “hombres y mujeres de Dios” no le faltaron las dificultades en el camino. Pero tenías siempre como respuesta esos elementos característicos de una espiritualidad de la reestructuración: fe, confianza, abandono en las manos de Dios, apertura a la novedad de Dios, generosidad...

La espiritualidad de la reestructuración está, pues, ligada a estos ***desplazamientos*** a los que el Señor nos invita. No se trata únicamente, ni tal vez sobretodo, de desplazamientos físicos. Podemos también hablar de desplazamientos espirituales. Esto es, salir no solo de su tierra conocida, sino salir también de su ritmo de vida, de sus proyectos personales para descubrir y hacer propio el proyecto de Dios. Esto requiere docilidad al Espíritu, capacidad de entrega, sacrificio, oración y mucha sensibilidad para abrirse a lo diferente, para ampliar y purificar la vista valorizando a los otros, sus culturas, sus estilos de vida y sus tradiciones, somos un auténtico don de Dios que nos enriquece y nos ayuda a crecer. Por nuestro lado, también nosotros colaboramos con lo que nos es propio, produciéndose entonces un encuentro entre la “novedad encontrada” y la “novedad ofrecida”, una auténtica sinergia espiritual.

En nuestro caso concreto de religiosos la espiritualidad de la reestructuración significa sencillamente la posibilidad de sentirse hermanos al interior de una gran fraternidad, no solo físicamente sino de corazón. Esa fraternidad hace al religioso disponible para la misión. Y, la partida, debe estar abierta a la posibilidad de una misión diferente, que abarca y engloba en el tiempo y en el espacio.

Espiritualidad de la reestructuración y experiencia del desierto

En estos desplazamientos a los que Dios nos puede llamar al hablarnos de reestructuración y espiritualidad de la reestructuración, aún estando abiertos a su voluntad, podemos sentir y vivir tiempos de inseguridad, incomodidad y hasta malestar. Es tal vez el precio a pagar para que una nueva vida surja y el camino para poner en práctica algunos de los elementos de la espiritualidad de la reestructuración ya mencionados: fe, confianza, abandono en las manos de Dios. Así nos lo enseñó Abrahán, Moisés, María...y otros grandes orantes bíblicos. Y también tantos otros ejemplos que encontramos en la historia de la Iglesia: los fundadores y los santos de la orden.

En la Biblia Dios nos habla también de un desplazamiento al desierto. El desierto puede ser símbolo de rebeldía contra Dios (cf Nb 11,14) como también símbolo de la intimidad reconstruida, del amor renovado. Es el caso de Os 2, 16 en donde Dios conduce al desierto

a su pueblo simbolizado en la esposa infiel: *“Por eso voy a seducirla; voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón”* (Os 2, 16). El pueblo había sido infiel a la Alianza, había destruido la relación de amor con su Dios. Pero Dios restaura esta unión, de nuevo reestablece la Alianza. Y todo sucede en el desierto.

El realismo de la expresión “seducir” dice del amor de Dios que no desiste delante del pecado de su pueblo y “hablar al corazón” evoca la intimidad reconquistada, reconstruida en la nueva Alianza. Es lo que deja sospechar el versículo siguiente (17) cuando dice que en el desierto, lugar donde el seductor ha conducido a su pueblo, todo va a empezar, en términos diferentes, nuevos: un nuevo país, nueva Alianza que hacen del vale de Acor una *“puerta de esperanza”* (v17): que dará acceso a una tierra santa y renovada, a una tierra llena de las bendiciones del Señor.

Este “desplazamiento al desierto” mirado en términos de espiritualidad de la reestructuración nos dice que en lo interno de esta espiritualidad Dios también nos habla al corazón al conducirnos por caminos nuevos, inexplorados. En esta experiencia de novedad podemos sentirnos en verdadero “desierto”. Y situarnos en el desierto significa por un lado que no podemos volver atrás, a pesar de no estar seguros de la dirección futura, del camino a emprender. Pero también no podemos escondernos o caer en la desesperación frente a tal situación. Es en este momento que la experiencia del desierto purifica el corazón: agradecemos dejar nuestra comodidad, nuestras seguridades. Y nos permite abrir nuestro corazón, de una manera más libre, a la presencia de Dios, a su voluntad y también a su protección.

La experiencia del desierto se convierte en “puerta de esperanza” para nuestras conquistas, nuevos horizontes. En definitiva, prepararnos para la misión a partir del abandono completo en las manos de Dios. Prepararnos para vivir de una manera más completa la espiritualidad de la reestructuración. Es en este momento en el que el proceso de reestructuración adquirirá todo el sentido. Tal vez la plenitud del sentido. De hecho la espiritualidad de la reestructuración puede verse como una invitación, venida de Dios, a vivir la reestructuración como un caminar en busca de más vida para asegurar una mayor vitalidad en la misión de un Instituto religioso en el mundo. Del “desierto” somos conducidos al mundo para ahí realizar la misión que Dios nos confiaba. La purificación del desierto y la esperanza que a través de ella Dios inculcó en nuestro corazón alcanzarán una dimensión espiritual y una “vida espiritual” a la reestructuración. Si no fuese así la reestructuración no será más que una reestructuración administrativa sin que produzca nueva vida, fruto de una nueva misión más eficaz y más llena de Dios. Una reestructuración que no ha sido tocada por la dimensión de la espiritualidad.

Hno. Teófilo Minga
Secretario de la Comisión de Vida Religiosa